

Aquí acaba nuestro relato. La sucesión de los acontecimientos de la historia de los judíos es ya tan inseparable de la del cristianismo, durante los dos primeros siglos de nuestra Era, que no puede referirse una sin contar la otra.

Seguidamente trazo esta historia, hasta los tiempos de Marco Aurelio, en los siete volúmenes que forman mi *Historia de los orígenes del Cristianismo*<sup>1</sup>.

El cristianismo es la consecuencia, o para hablar de una manera un poco antropomórfica, el objetivo, la causa final del judaísmo. Nacido el cristianismo sigue viviendo el judaísmo, pero como un tronco seco al lado de la única rama fecunda. Su historia, aunque muy interesante todavía, no tiene más que una importancia secundaria, desde el punto de vista general.

No hay nada en este aserto que pueda constringir al alma israelita más convencida. Por el cristianismo ha conquistado al mundo el judaísmo. El cristianismo es la obra maestra del judaísmo: su gloria; el resumen de su evolución. Los profetas, vencidos por la *Thora*, desde el regreso del cautiverio, vencen definitivamente. Los mesianistas derrotan a los fariseos; la *agada* y los sueños apocalípticos vencen a la *Halaka*. Jesús, el último profeta, pone el sello a la obra de Israel. Los sueños del porvenir, el reino de Dios, las esperanzas sin fin van a nacer al paso de este encantador divino y a convertirse durante siglos en alimento de la humanidad.

El movimiento del nacimiento del cristianismo, humilde en su origen, y luego de importancia colosal, se agrupa alrededor del nombre de Jesús. He tratado, en lo posible, de atravesar la triple cortina que nos oculta esta figura real al principio y convertirla luego en completamente fabulosa. Jesús ha existido. Era judío. Es lo único que sabemos. La tin-

1. Véase lo que se dice sobre esto en las notas prologales de esta *Historia del pueblo de Israel*, volumen primero. En realidad, todo constituye un ciclo titulado, precisamente, como ahora anota Renan. (N. del t.)

tura mítica ha cubierto todo lo demás. La leyenda evangélica no es por completo falsa. Después de constantes reflexiones, sigo creyendo que Jesús, como fisonomía general, fue tal como nos lo presentan los Evangelios Sinópticos. Sus discursos fueron, poco más o menos, los que conserva el Evangelio llamado de San Mateo: su pasión, en líneas generales, fue tal como nos la describen los textos. El Padrenuestro, el relato eucarístico, nos lo hacen ver casi como una fotografía instantánea. Hasta las ilusiones que produjeron la creencia en la resurrección, se dejan comprender fácilmente; y las alucinaciones que causaron la conversión de San Pablo son hechos concebibles.

Una tesis capital en que me confirmo cada vez más, es que no sólo existió Jesús, sino que fue grande y hermoso, con una belleza tan oculta como se quiera y en centro tan pequeño como se quiera, pero real, sin embargo, mil veces más real que las pálidas bellezas de la tierra. Una personalidad importante en un pequeño círculo, es un postulado absolutamente necesario de la historia evangélica. Para haber sido amado hasta tal punto, había que ser divinamente amable. La resurrección, sobre todo, es aquí un argumento capital. Las mujeres que acompañaban a Jesús, especialmente María Magadalena, se imaginaron que Jesús había resucitado y marchado de nuevo a Galilea. Éste fue seguramente el milagro supremo del amor, más fuerte que la muerte, y que devolvió la vida al ser amado. Una sombra pálida como un mito, un ser vulgar no hubiera realizado tal milagro. Hacer pender toda la carga de amor de los orígenes cristianos de un hilo demasiado débil para sostenerlo, sería contrario a la estética de la Historia. Jesús fue encantador, pero su encanto no lo conocieron más que unas docenas de personas. Éstas sintieron locas por él hasta tal punto, que su amor se hizo contagioso y acabó por imponerse al mundo. Y el mundo adoró al que tan amado fue por aquéllas.

Por lo tanto, pensamos que la parte de realidad histórica es bastante considerable en los Evangelios. Pero aunque esa parte fuera casi nula, la gran realidad subsistiría sin embargo. Esa realidad es la fundación del cristianismo. Los detalles son dudosos: la marcha de la idea es evidente. El mesianismo llega a su madurez con Jesús. Los sueños de Henoch, de la Asunción de Moisés, de los Jubileos, se realizan en él. Jesús lo fue todo para los que le amaron. Para los que creen en el Mesías, él es el Mesías. Para los que prefieren al Hijo del Hombre, es el Hijo del Hombre. Para los que están por el *Logos*, el Hijo de Dios y el Espíritu, es el *Logos*, el Hijo de Dios y el Espíritu. Es el reino de Dios, la resurrección, la vida, el juicio. Todos los deseos secretos de la conciencia judía, originando un acceso supremo, produjeron esta fiebre eruptiva, la más extraordinaria de la Historia humana, de la que parece salir una vida nueva. Fue la crisis concomitante de un segundo génesis, una inoculación profunda de facultades nuevas, de virus saludables y necesarios a la vida completa. El acto generador, el acto inoculador, va siempre acompañado de fiebre. Durante esos momentos hay que cubrir con un paño misterioso la vida que trabaja.

Sucedía todo esto en medio de un siglo distraído, aparentemente, y entregado a todas las preocupaciones de la vanidad. Judea y el mundo

grecorromano eran como dos universos que rodaban uno junto a otro bajo influencias opuestas.

Nuestro porvenir inmediato es oscuro. No es seguro que esté destinado a recibir la luz. La credulidad tiene raíces hondas. Puede que el socialismo traiga, por la complicidad del catolicismo, una nueva Edad Media, bárbaros, iglesias, eclipses de la libertad y de la individualidad, de la civilización, en una palabra. Pero el porvenir posterior está seguro. El porvenir, en definitiva, no creará en lo sobrenatural, porque lo sobrenatural no es verdad, y cuanto no es verdad está condenado a morir. Sólo dura la verdad, aunque parezca ahora bien abandonada y servida por una minoría imperceptible. Pero no hay cuidado, vencerá. Cuanto la sirve, se junta y se conserva como un capital adquirido, aunque escaso. No se pierde nada de su pequeño tesoro. En cambio, todo lo falso se derrumba. Lo falso no funda nada, mientras el pequeño edificio de la verdad es de acero y no deja de crecer.

Ni el judaísmo ni el cristianismo serán eternos.

Si la humanidad vuelve a supersticiones, no será verdaderamente a esas.

El judaísmo y el cristianismo desaparecerán; la obra judía tendrá su fin. La obra griega, es decir, la esencia, la civilización racional y experimental, sin charlatanismo, sin revelaciones, fundada en la razón y en la libertad, continuará, en cambio, sin fin, y si este globo llega a faltar a sus deberes, otro nacerá en el infinito para llevar adelante el programa de toda la vida: luz, razón, verdad.

Sin embargo, la huella de Israel será eterna. Israel fue el primero en dar forma al grito del pueblo, a la queja del pobre, a la reclamación obstinada de los que sienten sed de justicia. Israel amó tanto la justicia, que no encontrando justo al mundo lo condenó a perecer. Israel llenó así una de las lagunas de la civilización griega, en la que Dios abandona tan deplorablemente al esclavo. Grecia no tiene libro de Henoch, diatriba furibunda contra el mundo tal como es y tal como está obligado a ser. El judaísmo y el cristianismo representan en la antigüedad lo que el socialismo en los tiempos modernos. El socialismo no vencerá definitivamente. La libertad con sus consecuencias seguirá siendo ley del mundo. Pero la libertad de cada uno se comprará mediante fuertes concesiones hechas a expensas de todos. No se suprimirán las cuestiones sociales: cada vez se sobrepondrán a las cuestiones políticas y nacionales.

Israel únicamente será vencido si la fuerza militar se apodera alguna vez del mundo y funda de nuevo la servidumbre, el trabajo forzado, el feudalismo. Ello no es muy probable. Después de siglos de luchas sostenidas por las rivalidades nacionales, la humanidad se organizará pacíficamente. La maldad disminuirá mucho. Y, salvo raras excepciones, todo ser estará contento de existir.

Con inevitables reservas, se cumplirá el programa judío, y sin cielo compensador, existirá realmente la justicia en la tierra.